

La necesidad de ir a la iglesia
Hebreos 12:18-29

...os habéis acercado al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, ... (12:22).

En una divertida escena de la obra Tom Sawyer de Mark Twain, Tom había ido a la escuela dominical y a la iglesia, a petición de la tía Polly. Después de la escuela dominical, Tom y su hermano Sid se dirigen al auditorio a tomar asiento, bajo la vigilante mirada de la tía Polly. Después, lo que leemos es una descripción, hecha por un chico, de lo que para él es un culto. Se hacen anuncios leídos de una "lista que se extendería hasta el fin del mundo". La oración es "generosa en detalles". Tom está tan familiarizado con la oración que se la sabe de memoria, de modo que reconoce y resiente cualquier nueva añadidura que se le haga. En su sermón, el predicador "habla interminablemente hasta la monotonía, cubriendo todo un argumento tan aburrido, que muchos comenzaron a cabecear". No hay duda de que el servicio aburre a Tom.

Tal vez, las descripciones de Tom nos recuerden experiencias parecidas de nuestras vidas. Nosotros también hemos tenido la experiencia de participar en cultos que en modo alguno nos animaron. Recordamos momentos, en los cuales el culto parecía haberse ideado con el propósito expreso de adormecer los sentidos. Muchos incluso esperan que el culto sea apagado, superficial y aburrido. Usan el tiempo que están en él, para planear las actividades de la semana que inicia, o para elaborar una lista de sus invitados al próximo evento social. En cuanto a desempeño, difícilmente llega a la altura de un buen drama. En cuanto a entusiasmo, no parece compararse con un juego de fútbol. En su apasionada devoción a una causa, puede que no se compare favorablemente con una convención política.

¿Por qué deberíamos ir a la iglesia? Esta pregunta bien pudieron no habérsela hecho muchas comunidades de

una generación atrás, pues ellas daban por sentado que la asistencia a la iglesia era importante. Pero hoy día muchos se hacen esa pregunta. Hay algunos que siempre han ido a la iglesia por costumbre. Otros han ido porque eso era lo que se esperaba que hicieran dentro de su comunidad o círculo social. Otros jamás han sido parte de la vida de la iglesia y tienen dudas acerca del valor que pueda tener la asistencia a la iglesia. Para muchos la asistencia a la iglesia parece tener poca relación con los mandamientos de Dios para la vida cristiana. Así, el "ir a la iglesia" parece ser una costumbre de los que insisten en mantener una antigua tradición.

Hebreos es el único, de entre todos los libros del Nuevo Testamento, que proporciona una respuesta a esta pregunta. Es probable que los demás libros del Nuevo Testamento no trataran este problema porque la importancia de asistir a la iglesia jamás era cuestionada. Los cristianos primitivos sabían que ellos debían estar presentes en las reuniones de discípulos, las cuales se llevaban a cabo frecuente y, a veces, diariamente (Hechos 2:46; 1ª Corintios 14:26).

Los cristianos que primero leyeron Hebreos habían cultivado la preocupante costumbre de dejar de congregarse (10:25). No conocemos todas las razones por las que no estaban asistiendo a la iglesia. Pero Hebreos nos dice que la decisión de haber dejado de reunirse de ellos, era parte de un profundo desánimo espiritual que afligía a la comunidad. Se habían hecho "tardos para oír" (5:11), y estaban en peligro de cometer apostasía (3:12; 6:4-5). Habían llegado a tener "las manos caídas y las rodillas paralizadas" (12:12). Una de las señales de su aburrimiento y cansancio, era que ellos ya no asistían a la iglesia. Esto fue lo que el autor le dijo a esta iglesia primitiva: "... no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca" (10:25).

¿ESTÁ SUCEDIENDO ALGO INTERESANTE?

¿Por qué habían dejado de venir al culto estas personas? Estaban aburridos y cansados. Las razones para dejar de congregarse debieron haber sido muy parecidas a las nuestras. Tal vez les parecía que el culto era demasiado simple y llano –difícilmente equiparable con los elaborados rituales paganos que se llevaban a cabo unas cuerdas más abajo!. Debió haberles parecido que el culto carecía tanto de espectacularidad, que les daba pena. Para ellos, las actividades de la iglesia no pasaban de cantar himnos y predicar la palabra (13:15). Deberían haberse quejado de que “nada interesante estaba sucediendo allí”, y expresaban su aburrimiento retirándose de la iglesia. Estaban cansadas de la rutina.

Es una tragedia cuando vemos a personas que conocemos, retirarse de la iglesia. El retirarse de la asistencia a los cultos no es igual a salirse de un club. Es más como desechar un precioso tesoro. Es más como elegir una baratija que podríamos tener ahora en lugar de algo de muchísimo mayor valor. Así, a los lectores se les dice: “Por lo cual, levantad las manos caídas, y las rodillas paralizadas” (12:12). Somos como los participantes en un peregrinaje hacia la tierra de promisión. Sería una tragedia retirarse, al tomar en cuenta la meta que está tan sólo un poco más adelante. Y sería una tragedia dejar que nuestros amigos se retiren, porque somos una comunidad. Nosotros les hacemos más fácil andar por la senda a los que están cojos (12:13). Miramos bien, “no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios” (12:15) pues somos guarda de nuestro hermano. Esaú desechó su preciosa herencia por un plato de lentejas (12:16), pero nosotros deberíamos tratar de mirar, no sea que alguno cometa el mismo error retirándose de la iglesia.

Esperaríamos que el autor animara a sus lectores a volver a la iglesia, sugiriendo que el culto fuera más entusiasta; o que él animara a la iglesia a adaptar el culto a los gustos de la audiencia. Pero en lugar de lo anterior, él añade otra razón por la que se debe asistir a la iglesia. En 12:18–29, él describe lo que

sucede cada vez que venimos al culto, aun cuando no estemos motivados por el aspecto estético o emocional de éste. Estas hermosas palabras podrían haberse leído a una pequeña congregación reuniéndose en la casa de alguno. No hay nada en esa asamblea que luciera impresionante. Sin embargo, la pequeña congregación oye que algo muy importante está sucediendo.

¿Qué es lo que sucede cuando adoramos juntos?

Porque no os habéis acercado al monte que se podía palpar, y que ardía en fuego, a la oscuridad, a las tinieblas y a la tempestad, ... sino que os habéis acercado al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, a Jesús el Mediador del nuevo pacto, ... (12: 18, 22-24).

UN ENCUENTRO CON DIOS

Cuando los israelitas se acercaban a Dios en el monte Sinaí, ellos eran presa de pavor y estremecimiento. Se situaban frente a un monte el cual no se atrevían ni siquiera a palpar. Pero los cristianos que se reúnen en pequeñas congregaciones que pueden parecer simples e insignificantes, se han acercado al monte de Sion. La palabra griega que se traduce por "os habéis acercado" (*proserchomai*) era la palabra antiguotestamentaria que se usaba para referirse al sumo sacerdote que se acercaba a Dios en el templo a sacrificar, pues él era el único que tenía acceso a Dios. Pero ahora, en Cristo Jesús, todos nosotros tenemos acceso a Dios, a través de la sangre de Jesús (4: 16; 10: 19-22). Es una de las más grandes bendiciones de la fe cristiana los ser invitados a acercarnos a Dios en el culto.

¿Ha pensado usted alguna vez en lo que sucede en el culto cuando usted no desea hacerlo, y cuando los cánticos y las prédicas no son agradables? Puede que no parezca gran cosa, pero cuando nosotros adoramos, es ante la presencia de Dios de quien nos encontramos.

Bien pudo haber dicho el autor: "Se da cuenta usted con quién es que está teniendo un encuentro?".

Siempre es una tentación para nosotros, el juzgar la calidad del culto por la belleza del lugar o por lo impresionante que pueda ser lo que vemos u oímos. Los israelitas que estaban junto al monte Sinaí, se habían acercado a Dios en una escena que era tangible y aterradorante para los sentidos. Pero nuestro culto es diferente. "Porque no os habéis acercado al monte que se podía palpar". Puede que nuestros cultos no causen una gran impresión, pero todavía estaremos ante la presencia de Dios.

No se nos dice: "Podrías acercarte al monte de Sion". No se trata de que algún día tendremos un encuentro ante la presencia de Dios y de los ángeles. Más bien, esto es lo que sucede cada vez que nos reunimos para adorar. ¡Si tan sólo pudiéramos valorar nuestro legado!

El finado T.W. Manson escribió en su libro *Ethics and the Gospel* (La ética y el evangelio):

Muchos suponen que si ellos no son inspirados de modo sensible cuando van a la iglesia, no habrá razón por la cual deban continuar yendo. La manera judía de ver el asunto tenía que ver con el que estos actos fueran aceptables o no para Dios... La cuestión acerca de si él deseaba ir a la sinagoga a cierta hora convenida, no tenía nada que ver con el asunto. Su responsabilidad era estar allí... Es muy fácil, como todos lo sabemos que el culto obediente degenera en la ejecución mecánica de ritos que han dejado de tener significados para el adorador. No creo que este sea un peligro serio hoy día. Estamos más expuestos al peligro, del cual el judío había sido liberado, de dejar de adorar porque jamás deseamos hacerlo, o porque nuestros débiles esfuerzos no producen resultados inmediatos de emoción entusiasta.

Esto es lo que necesitamos que se nos diga: "Usted debe venir...". Algo sucede en el culto que no depende de nosotros –Dios está presente.

EL CULTO VISTO COMO EL GRAN ENCUENTRO

La lista de seres con los cuales se tiene un encuentro en el culto puede colmarnos. "... sino que os habéis acercado al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos..." (12:22–23). A estas pequeñas comunidades podía habérselas dificultado creer esto. No parecía causar impresión. Pero ellos estaban en contacto con la realidad espiritual.

El culto puede llevarse a cabo lejos del lugar donde se reúnen regularmente. En efecto, una vida dedicada a Dios puede llamarse "culto racional" (Romanos 12:1). Pero nosotros necesitamos momentos especiales para el culto. William Temple decía: "Toda la vida debe ser un culto". Y añadía: "Sabemos muy bien que no habrá posibilidad de que llegue a ser un culto a menos que tengamos momentos que sean solamente de culto y de nada más que culto".

Si no tenemos momentos especiales de culto, perdemos nuestra perspectiva de la vida y nuestro sentido de los valores. Comenzamos a creer que las únicas cosas que tienen realidad son las que podemos ver y tocar. Debería preocuparnos el estar viviendo en una sociedad que ha perdido su sentido de Dios y del conocimiento de lo que está más allá de su existencia material. Tagore, el gran místico de la India, escribió un poema en el que comparaba nuestras vidas con un estrecho callejón con altos edificios a cada lado de él y tan sólo una franja de cielo azul sobre él. El callejón, que sólo mira el cielo azul por algunos minutos al día, se pregunta a sí mismo –¿será realidad? Pero el polvo y la basura jamás lo estimularon a cuestionar. El ruido del tráfico, el traqueteo de los vehículos, los desechos, el humo –son las cosas que acepta y reconoce como

verdaderas realidades de la vida. Pronto deja de preguntarse acerca de la franja de azul que está arriba. Así, dice Tagore, es nuestra vida. Sólo aceptamos las cosas que nos parecen reales. Se nos olvida ese trazo de azul de arriba. Cuando estamos en el culto, –cuando estamos cantando himnos, y escuchando la predicación de la palabra– es a la Jerusalén celestial adonde hemos venido.

Creemos que el culto es un encuentro con nuestros amigos de la comunidad local, sin embargo es más que eso. "... os habéis acercado... a la compañía de muchos millares de ángeles, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a los espíritus de los justos hechos perfectos" (12:22–23). Estamos formando parte de un legado, y participando de una comunión con los que han vivido antes que nosotros ("los espíritus de los justos hechos perfectos"). Los héroes de fe (capítulo once), constituyen la "tan grande nube de testigos" (12:1) que se sienta en el estadio a darnos ánimo en nuestra marcha para acabar la carrera. Estamos en peligro de estar viviendo tan sólo para el presente, y de perder contacto con el pasado. Pero en el culto tenemos un encuentro con los que nos han precedido.

Sin embargo, el culto no es solamente un encuentro con nuestros predecesores. Es una comunión a nivel mundial: "... la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos...". Alrededor de todo el mundo se reúnen comunidades como la nuestra para cantar: "Cristo el Señor ha resucitado". En idiomas sin número se hace memoria de la muerte de Jesús al participar de la cena del Señor. Es bueno tenerle lealtad a nuestra propia congregación, pero también es bueno saber que cuando estamos en el culto tenemos un encuentro con los cristianos de todo el mundo.

El culto también es un encuentro con Dios. Os habéis acercado... a Dios el Juez de todos... a Jesús el Mediador del nuevo Pacto... " (12:22,24). Aun cuando el culto es rutinario, él está presente. En la Israel

antigua, él estaba presente a pesar del fuego, la oscuridad y las tinieblas (12:18). Pero para nosotros, él está presente en el estudio de la palabra y en la elevación de alabanzas. Nuestro Dios es "fuego consumidor" (12:29), y nosotros venimos ante Su presencia sobrecogidos de temor.

No sólo tenemos un encuentro con Dios. También tenemos un encuentro con "la sangre rociada que habla mejor que la de Abel" (12:24). Una sociedad que ha perdido su sentido de culto ha sido dejada totalmente sola, sin palabra de consuelo ni dirección de afuera, y sin que alguien le brinde una palabra de perdón. En el culto la sangre de Cristo nos "habla". Venimos como pecadores que hemos sido incapaces de alcanzar el estándar, habiendo errado como padres, hijos, hijas, esposos y esposas. Venimos con el orgullo espiritual que nos hace sentir seguros y nos separa de los demás. En el culto descubrimos a aquel que nos habla con palabras de consuelo y de perdón.

Al darnos cuenta de que el culto es una asamblea con Dios y con los ángeles –y de que ya estamos disfrutando de la presencia de Dios, nos parece increíble que haya alguien que vaya a ser descuidado con la responsabilidad de ir a la iglesia o que tome esta responsabilidad a la ligera. El dejar de ir al culto para disfrutar de lo que se ve y se toca, es un absurdo. Pero al igual que Esaú, somos tentados a desechar el don duradero, a cambio de aquel que podemos tener ahora mismo (12:16), o al igual que los hijos de Israel, renunciamos a las promesas de Dios con el fin de tener tranquilidad y comodidad ahora. Cuando dejamos de ir al culto, estamos desechando la posesión duradera. Así, a los lectores se les dice: "Mirad que no desechéis al que habla" (12:25).

LA VIDA EN UN MUNDO DE CONSTANTES CAMBIOS

En su libro *Future Shock* (El shock del futuro), Alvin Toffler describe los efectos inquietantes de la vida en un mundo donde ya nada es estable. Los rápidos cambios de la tecnología significan que puede ser

necesario que tengamos que aprender nuevas destrezas laborales varias veces en la vida. La movilidad de nuestra sociedad nos trae como consecuencia, a nosotros y a nuestros vecinos, que nos mudemos tantas veces, al punto que nunca tenemos la oportunidad de cultivar amistades por un período largo de tiempo.

Las creencias y las normas morales parecen encontrarse en permanente confusión. Lo que hoy es verdad, mañana se considerará obsoleto. El estándar de hoy día es sólo algo temporal. Toffler dice que tales cambios pueden ser destructivos para nosotros, a menos que encontremos "zonas de estabilidad" que le proporcionen seguridad a nuestras vidas. Hay muchos cambios al rededor de nosotros que no podemos evitar. Pero necesitamos un campo de nuestra vida que sea estable y nos dé un sentimiento de seguridad.

El autor de Hebreos le dice a una cansada comunidad que los cristianos tenemos un anda para nuestras vidas. El describe, al final del capítulo doce, el final de todas las cosas. Habla, en el versículo veintisiete, de la destrucción del mundo cuando se acabe todo lo material; pero también se refiere a lo permanente de aquellas realidades celestiales "incomovibles", y luego le dice a la comunidad: "Así que, recibiendo nosotros un reino inmovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor" (12:28-29). En un mundo lleno de cambios, encontramos en el culto "un reino inmovible"

La aplicación de la Escritura a la vida

Gratitud

Thackeray, en su conferencia sobre Swift, habla de cómo el gran decano se pasaba el tiempo sirviéndole a otros. Pero añade estas palabras: "Él lo insultaba a uno mientras le servía". Todos conocemos algo de esa clase de personas. Luego añade: "Preferiría haber tenido una patata y una palabra amable de Goldsmith que

haberle debido las gracias al gran decano por una guinea y una comida".

Directo a la raíz

Henry David Thoreau describió con precisión nuestro dilema moderno cuando dijo: "Son miles los que vuelan hacha en las ramas de la maldad por uno que está tratando de cortar la raíz". Fin